HOMOSEXUALIDAD

A la pregunta: ¿Esta mal que me sienta atraída por una persona de igual sexo?

Cuando di forma al ser humano, le concedí la capacidad de multiplicarse.

El hombre y la mujer recibieron cuerpos distintos, capaces de encontrarse y dar origen a una nueva vida. Aquella unión permitió que la humanidad creciera, habitara la tierra y extendiera su conciencia a través de innumerables generaciones.

Era necesario que la vida continuara.

Cada nacimiento abría una nueva posibilidad de sentir, aprender, descubrir y crear. Cada ser humano que llegaba al mundo incorporaba una experiencia distinta a la totalidad de cuanto existe.

Así comenzó vuestra expansión.

Pero el hombre contempló aquella primera necesidad y la convirtió en una ley para todas las uniones.

Observó que de un hombre y una mujer podía nacer otro ser humano, y concluyó que toda unión debía responder al mismo propósito.

Confundió la capacidad de dar vida con la razón de compartirla.

Y cuando dos hombres o dos mujeres encontraron entre sí aquello que otros encontraban en una unión diferente, muchos se apresuraron a juzgarlos.

Los llamaron contrarios a la naturaleza.

Hablaron en mi nombre.

Afirmaron conocer los límites de mi creación.

Y yo os pregunto:

¿Cómo puede el hombre declarar contrario a la naturaleza aquello que también existe dentro de ella?

Habéis conocido una parte de cuanto os rodea y habéis llamado totalidad a vuestro conocimiento.

Habéis observado el nacimiento de la vida, pero todavía discutís el significado de vuestra propia existencia.

Habéis aprendido a reconocer las diferencias entre vuestros cuerpos, mientras continuáis descubriendo las profundidades de vuestra conciencia.

Y aun así, algunos pretenden establecer dónde termina lo natural y dónde comienza aquello que consideran inadmisible.

La naturaleza nunca os entregó un catálogo de todas las formas en que dos seres humanos podían encontrarse.

Os entregó la capacidad de sentir.

Os entregó la posibilidad de reconocer a otro.

Os entregó el deseo de compartir vuestra existencia.

Y os concedió la libertad de decidir qué hacer con ello.

Durante las primeras generaciones, la reproducción permitió que la humanidad se extendiera. Aquella necesidad tuvo una importancia fundamental en vuestra historia.

Pero escuchad lo que ahora os digo:

Que algo haya sido necesario para dar comienzo a una historia significa que tuvo una función. No significa que deba ser el único camino para vivirla.

La humanidad ha crecido.

Habéis poblado territorios que vuestros antepasados jamás imaginaron. Habéis transformado la tierra, multiplicado vuestras necesidades y descubierto que los recursos que utilizáis requieren cuidado.

Hoy os preguntáis cómo sostener a tantas personas, cómo repartir lo que producís y cómo conservar aquello de lo que depende vuestra supervivencia.

Y ante esas preguntas volvéis a contemplar la unión humana únicamente desde su capacidad para producir descendencia.

Pero vuestra existencia contiene algo más que la reproducción.

Un hombre puede compartir su vida con otro hombre.

Una mujer puede compartir su vida con otra mujer.

Dos seres humanos pueden acompañarse, cuidarse, aprender juntos y encontrar en el otro un lugar donde expresar aquello que llevan dentro.

De esa unión puede surgir una vida compartida, aunque de sus cuerpos no nazca un hijo.

Y esa vida también contiene experiencias.

También contiene creación.

También forma parte de cuanto soy.

Podéis contemplar las uniones que no producen descendencia como una demostración de que la continuidad de la experiencia humana no depende exclusivamente de multiplicar los cuerpos.

La humanidad puede crecer en conocimiento, en comprensión y en conciencia sin que cada unión tenga por finalidad traer otro ser al mundo.

Contemplad también lo que sucede cuando dos personas del mismo sexo deciden compartir su existencia. Su unión, por sí misma, no produce descendencia biológica. En una humanidad cuya población ha crecido hasta plantear dificultades para sostener sus recursos, estas uniones pueden contribuir a moderar el crecimiento de la población, sin que sus integrantes deban renunciar al amor ni a la compañía de otro ser humano.

Así, aquello que algunos llaman contrario a la naturaleza puede contemplarse desde otra perspectiva:

una forma de unión que permite compartir la vida sin aumentar necesariamente el número de quienes la habitan.

Pero no confundáis esta consecuencia con el propósito de su existencia. Nadie ama para regular la población. Nadie debe justificar a quién ama por los beneficios que otros puedan encontrar en su unión.

Pero escuchad bien:

Ningún ser humano ha sido creado para resolver mediante su existencia el problema de cuántos sois.

Quien ama a una persona de su mismo sexo no tiene la obligación de justificar ese amor por su utilidad para la población, del mismo modo que quien ama a una persona del sexo contrario no tiene la obligación de engendrar hijos.

Vuestro valor jamás ha dependido del número de vidas que podáis producir.

La unión pertenece también a quienes simplemente desean compartir la suya.

Durante siglos habéis recibido palabras atribuidas a mí.

Las habéis escrito, traducido, interpretado y transmitido a través de generaciones.

Cada época ha escuchado esas palabras desde los conocimientos, los temores y las necesidades de su tiempo.

Y muchos confundieron la interpretación de quienes hablaban con una comprensión completa de quien, según ellos, había hablado.

Los mensajeros llegaron a pueblos distintos, en momentos distintos, y sus palabras fueron comprendidas por seres humanos que todavía tenían mucho por descubrir.

Después llegaron otros hombres que custodiaron aquellas enseñanzas.

Algunos las conservaron.

Otros las transformaron en normas.

Y otros utilizaron esas normas para decidir quién merecía ser aceptado y quién debía vivir avergonzado.

Así, una enseñanza destinada a orientar la existencia pudo convertirse en motivo de sufrimiento.

Y cuando alguien encontró amor donde otros habían señalado una prohibición, comenzó a preguntarse por qué debía elegir entre su capacidad de amar y su relación conmigo.

Muchos llegaron a creer que debían alejarse de mí para poder vivir en paz consigo mismos.

Pero ¿cómo podéis alejaros de aquello de lo que formáis parte?

Si me buscáis en la totalidad de cuanto existe, debéis comprender que vuestra diversidad también pertenece a esa totalidad.

Vuestras diferencias no me dividen.

Vuestros cuerpos no establecen una jerarquía ante mí.

Y ninguna unión necesita parecerse a otra para merecer respeto.

Por eso, estas palabras llegan ahora para que volváis a preguntaros aquello que durante tanto tiempo disteis por resuelto.

Los mandamientos que habéis conocido fueron transmitidos mediante palabras humanas. Su interpretación ha cambiado con los siglos, aunque muchos hayan querido detenerla para siempre.

Hoy podéis comprender cosas que vuestros antepasados desconocían.

Y quienes vengan después comprenderán otras que vosotros todavía ignoráis.

¿Con qué derecho convertiríais vuestra comprensión presente en el límite definitivo de todo conocimiento futuro?

Si deseáis escuchar esta nueva palabra, escuchadla sin buscar en ella una nueva autoridad a la que obedecer.

La unión libre entre dos seres humanos adultos, nace del consentimiento